



José Luis Lanuza



Lope de Vega y los gatos

Apenas podemos imaginarnos el estado de ánimo de aquel griego -durante mucho tiempo se creyó que era el mismo Homero- que se divirtió en cantar la guerra de las ranas y los ratones: *La batracomiomaquia*.

Sin duda estaba cansado de los relatos de las hazañas de los héroes y de la voz hinchada de sus recitadores. Porque, cuando se lo quiere sostener mucho tiempo, el tono heroico fatiga y aun repugna a los hombres simplemente humanos.

El hombre sincero, desde lo más profundo de sí mismo, sorprende lo artificial de las gesticulaciones heroicas. Por el camino de ese desengaño puede llegar a convertirse en un místico o en un pícaro. Y el primer paso de esta evolución -¿por qué no?- se exterioriza en un gesto de burla, en un remedo de la postura heroica. El hombre convierte en guerreros a los ratones y las ranas. Describe sus armaduras y sus tonos enfáticos, moviliza ejércitos de -80- mosquitos zumbadores y termina la batalla con un feroz ataque de cangrejos. Escribe *La batracomiomaquia*.

Miguel de Unamuno, que vivió en plan de héroe, pero sin teatralidad y sin decorados de epopeya, le cobró afición a *La batracomiomaquia*. Durante mucho tiempo recreó en su imaginación actitudes de ratones heroicos y de esbeltas ranas belicosas.

Llegó a dibujarlos, estudiando profundamente su anatomía. Planeó una edición del poema griego ilustrada por él mismo. Charlando con Ángel Ganivet sobre esos proyectos, dibujó una rana en el mármol de una mesa de café. Mucho tiempo después, Ganivet tenía grabada en la memoria aquella figura: «Aún la veo, que me mira fijamente, como si quisiera comerme con los ojos saltones».

Fatigados de los héroes, muchos grandes ingenios volvieron sus ojos hacia las cosas pequeñas del mundo. Lope de Vega (o su personaje Burguillos), aburrido de epopeyas, dio en cantar las pintorescas andanzas de los gatos en los tejados. Y, como para justificar su *Gatomaquia*, se escudó en la enumeración de los célebres poetas que, antes que él, escribieran

en materias humildes, grandes versos.

-81-

Su erudición renacentista recuerda que Virgilio había tañido su lira para cantar al mosquito; Sinesio, para alabar a los calvos; Teócrito, para exaltar las rústicas cabañas; Dentócrito, para describir el camaleón; Diocles, el nabo; Marción, el rábano; Fancias, la ortiga; y, ya llegando a sus contemporáneos, don Diego de Mendoza, la pulga². Pudo recordar, también, que José de Villaviciosa había escrito en 1615 *La mosquea*, parodia de *La Eneida*, de Virgilio, en la que los personajes eran moscas, obra que ya tenía un antecedente en otra *Mosquea* escrita en latín macarrónico por el italiano Teófilo Folengo.

Pero el antecedente de mayor categoría era, sin duda, aquel épico encuentro de ratones y ranas cantado en versos griegos que entonces se atribuían a Homero.

Y si el divino Homero

cantó con plectro a nadie lisonjero
«La batracomiomaquia»,
¿por qué no cantaré «La gatomaquia»?

Cuando Lope (disfrazado de Burguillos) publica estos versos en 1634, su fama parece extenderse por -82- toda la redondez del planeta, en cuyos más remotos rincones los españoles han plantado su bandera y aún siguen batallando y colonizando. La musa de Lope, que ha dado a luz montañas de comedias y dramas, en tal número que apenas se pueden catalogar, no ha permanecido muda ante las hazañas de los héroes. Hace tiempo ha cantado en tono heroico, acompasándose con las trompetas de Marte, las luchas de sus compatriotas contra Drake, el corsario inglés convertido en el Dragón por antonomasia. Ha relatado la historia de los mártires de la fe en el Japón casi fabuloso. Y

también, imitando el estruendo de las armas, al estilo de Ariosto y de Tasso, ha revivido las fábulas del tiempo de Carlomagno y los combates de los cruzados con Saladino.

Pero ahora, en 1634, Lope se halla casi al término de su larga, fecunda, fogosa, zarandeada vida. Tiene setenta y dos años. Al año siguiente ha de morir. Tiene derecho a no ahuecar la voz y a cantar como le dé la gana, y a sonreír, lleno de comprensión y de indulgencia, sin adular a los Mecenas ni a los Augustos.

Y si el divino Homero
cantó con plectro a nadie lisonjero...

-83-

también él puede, libre ya de la lisonja y de la reverencia, retozar risueñamente con su imaginación, aligerar el verso, humanizar el tono y jugar con las imágenes y con las palabras, cantando una epopeya gatuna, suelta, desembarazada, desenfadada, grotesca, gozosa³.

Burguillos, su personaje, cree necesario justificarse por no emplear su lira en cantar algún héroe de los que honraron el valor hispano.

Pero, cínicamente, Burguillos reconoce que los poderosos, si bien se envanecen con el incienso de los poetas oficiales, suelen distraerse en el momento de la recompensa. ¿Para qué alabar a príncipes ingratos? En la corte abundan los que rabian por la ingratitud de los grandes. Y así como otros, desesperados, se dan a los perros, él, Burguillos, prefiere darse a los gatos:

que, como otros están dados a perros
o por ajenos o por propios yerros,
también hay hombres que se dan a gatos
por olvido de príncipes ingratos...

-84-

No puede expresarse con mayor claridad, o cinismo, el motivo que aparta al poeta del canto heroico:

como no se usa
el premio, se acobarda toda musa.

Así canta Lope, con la seguridad que le da su disfraz de Burguillos. Pero ya sin disfraz ninguno había expresado los mismos conceptos. En la segunda parte de *La Filomena*, publicada en 1621, al hacer mención de su poema heroico *La dragontea*, explica, sin ningún disimulo, la causa de su abandono de la epopeya:

Mas, como nunca paga lo que debe
la patria, dejé aparte
las trompetas de Marte...

Los que se han esforzado en alabar las hazañas heroicas suelen cosechar el olvido de los príncipes ingratos. ¿Y qué mucho que los cantores se queden sin dádiva, si los mismos héroes que dieron tema a los cantos muchas veces también se quedan sin recompensa? Hernán Cortés conquistó un imperio para Carlos, y Carlos lo dejó morir casi olvidado. Sarmiento de Gamboa, el rival del Dragón de *La dragontea*, aventurero magnífico que fundó dos ciudades en el fin del mundo para defender el Estrecho de Magallanes de los ataques ingleses, le escribía al -85- rey Felipe, para que no desamparara a sus habitantes: «Humildemente suplico se acuerde de su natural benignidad, y después de éste su criado, aunque sea gusano y ceniza, y me socorra, pues por dineros no conviene a mi señor que un hombre se pierda, pues el dinero se halla en las minas y no los hombres»...

Y Felipe se hacía el sordo. Alonso de Ercilla, no sólo vivió un poema heroico combatiendo en tierras araucanas, sino que lo escribió y fue al mismo tiempo Aquiles y Homero. Pero Felipe se olvidó por igual del héroe y del poeta. En el último canto de *La Araucana*, Ercilla parece cansarse de alabar la grandeza de su soberano, viendo lo infructuoso de su trabajo:

Canten de hoy más los que tuvieren vena,
y enriquezcan su verso numeroso,
pues Felipe les da materia llena...

Que le canten otros. Él se retira, pobre y cansado de ingratitudes. No ha recibido premio, pero le queda la satisfacción de saber que lo ha merecido, pues

el premio está en haberlo merecido,

y las honras consisten, no en tenerlas,
sino en sólo arribar a merecerlas.

-86-

Le queda el orgullo, que el rey no puede quitarle, y la pobreza, que el rey no se preocupa de remediar.

Que el disfavor cobarde que me tiene
arrinconado en la miseria suma
me suspende la mano y la detiene
haciéndome que pare aquí la pluma.

Se le adivina en la voz el temblor de la indignación. El poeta está por darse a los perros.

Burguillos, o Lope, sonrío socarronamente ante este despliegue de pasiones. Él está de vuelta de las ingratitudes. ¿Para qué darse a los perros, o desesperarse? Más agradable es hacer una epopeya de burlas, fingir una historia de gatos y cantarla sin adulación para nadie, sin cortesanas, sin reverencias,

con plectro a nadie lisonjero.

Burguillos, o Lope, sonrío. Lope, Félix él también, se halla a gusto entre los gatos. ¿No dan los gatos un ejemplo de independencia? Ellos no lamen la mano. Lope - gustador de comodidades, independiente, enamorado, sedentario- a ratos se les parece un poco. Ahora se divierte poblando su imaginación de un pintoresco mundo gatuno que maúlla en diversos tonos, ya en tiple, ya en bajo. Él cantará -87- sus amores y sus combates. Sin duda siente una alegría íntima al comenzar la historia:

Estaba sobre un alto caballete
de un tejado, sentada
la bella Zapaquilda...

1947

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

